

En los últimos diez años se han construido e inaugurado más bibliotecas públicas y nacionales que en ningún otro período anterior. La nueva British Library albergará aproximadamente diecisiete millones de libros, acogerá cada año a casi cuatrocientos mil lectores y aumentará su patrimonio en unos cien mil títulos nuevos cada doce meses. La nueva biblioteca nacional alemana en Frankfurt está en construcción. En París, la Bibliothèque François-Mitterrand contiene más de doce millones de volúmenes almacenados en un depósito de cuatrocientos veinte kilómetros que se desplaza, si así se requiere, sobre ocho kilómetros de cintas transportadoras. Está preparada para cerca de dos millones y medio de lectores cada año y cataloga alrededor de doscientas mil adquisiciones cada año. Sus cuatro torres se inspiran muy directamente en la torre del Louvre, en la que Carlos V depositó un millar de manuscritos en 1368.

En comparación con la Biblioteca del Congreso de Washington, todas estas estadísticas palidecen. Ésta sobrepasa los treinta millones de libros, los ochenta millones de artículos, separatas y folletos en ochocientos cincuenta kilómetros de almacenaje. La Biblioteca cuenta con cuatro mil quinientos empleados que, en una constelación de salas intermedias, han de ser capaces de catalogar cerca de siete mil nuevas adquisiciones *cada día*. Su presupuesto anual sobrepasa los cuatrocientos millones de dólares.

De hecho, la mayor parte de los textos producidos en el mundo antiguo no ha pervivido. Un barco naufragado, prácticamente avistando Venecia, ha borrado para siempre a los clásicos de la literatura y de la filosofía que habían sido rescatados del saqueo de Constantinopla. Se incendiaron bibliotecas en el 642 [a. C.] en Alejandría, en 1992 en Sarajevo (una muestra de la barbarie que ha destruido manuscritos jamás editados o reproducidos, al igual que

*Tiempo de inventarios*

## LAS BIBLIOTECAS DE BABEL

George Steiner\*

*Las razones sociales e intelectuales que sostienen estos edificios y sus colosales inversiones son múltiples y contradictorias. La palabra escrita, y lo mismo sirve para la imprenta, ha revelado su vulnerabilidad*

incunables nunca reimprimos). El equilibrio entre la tenacidad y la fragilidad es siempre inestable. La fabricación de armas de destrucción masiva no ha hecho más que agravar este desequilibrio, aunque la bomba de neutrones, letal sólo para los humanos, podría ser el sueño de los bibliotecarios.

La obsesión por la conservación es paradójica-

mente determinante para la modernidad. La arqueología, la exhumación, la preservación y restauración del menor signo o vestigio del pasado despierta pasiones. Dos guerras mundiales han demostrado que las culturas son mortales, como dijo Valéry, y este descubrimiento ha suscitado una profunda angustia. Es tiempo de inventarios. La memoria debe ser documentada y al-

macenada antes de que sea demasiado tarde (el crepúsculo de Hegel). En esto interviene un oscuro y escatológico sentimiento, la sensación de final.

Y sucede lo mismo con las intuiciones futuristas y las innovaciones tecnológicas. A primera vista, se establece una equivalencia entre conocimiento y poder, entre el acceso a la información y su aplicación socioe-

conómica. En su misma arquitectura, las nuevas bibliotecas parecen gigantescos generadores, centrales eléctricas destinadas a transformar en rendimiento intelectual y social lo que pasa por ser conocimiento. Este proceso, este «rápido biorreactor», desarrolla su propio dinamismo inercial. Las colecciones deben estar completas, las adquisiciones no tienen fin. Siempre hay más combustible para almacenar. ¿Quién sabe si el próximo opúsculo o una publicación periódica aparentemente efímera no contiene alguna clave del universo? Tanto las leyendas como ciertas sabias conjeturas lamentan la posibilidad precisamente de que en el pasado tales claves se hayan perdido a causa de la destrucción o el descuido.

Son justamente estas contradicciones en la colaboración entre el archivo y el futuro, entre el museo y el laboratorio, las que confieren a las gigantescas bibliotecas recientemente inauguradas o en construcción toda la incertidumbre respecto a sus objetivos y planes. Tales vacilaciones hacen que estos zigurats de mármol, ladrillo y cristal parezcan extrañamente desequilibrados, incluso fugaces, como juguetes titánicos destinados a ser destrozados. Por esta razón, es evidente que la Bibliothèque François-Mitterrand, la British Library, los nuevos anexos de la Biblioteca del Congreso son obsoletos apenas inaugurados. El dilema es el del formato y futuro del libro.

En su mismo diseño, estas bibliotecas expresan su inevitable lógica de incertidumbre e indeterminación. Son centauros, mitad santuarios, mitad parque futurista. Sus tesoros del pasado están literalmente encerrados en silenciosos y oscuros santuarios de cristales protectores y maderas preciosas. Apenas pueden ser tocados, ni siquiera consultados. Estadísticamente,



\*George Steiner. *Gramáticas de la creación*. Traducción Alonso y Carmen Galán. Ediciones Siruela, 2001. 352 págs.

nuestras bibliotecas, tanto las nacionales como las que pertenecen al mundo literario y universitario, son almacenes de memoria acumulada, archivos clasificados de escritos de todo tipo (revelación, argumentación, imaginación, tablas) de esta etapa de la historia humana que ha dedicado su vida a escribir. Las millones y millones de formas sucesivas de la textualidad, desde las tablillas sumerias hasta la impresión y mucho más allá, están albergadas bien de manera subterránea, o bien en las altas torres de Babel de hoy (y estos vectores opuestos realmente están cargados de índices simbólicos e iconográficos). El grueso de este material nunca o muy raramente es exhumado para su uso corriente. Ningún investigador, bibliófago (el *library cormorant* de Coleridge), o lector voraz puede en absoluto esperar conocer exhaustivamente más que una porción de las fuentes disponibles en una especialidad más o menos delimitada. Incluso lo no leído, lo no tocado en el silencio polvoriento de los montones apilados, ejerce una fuerte presión por su presencia y disponibilidad. Esta situación se asemeja a los espectrales ejércitos excavados en las tumbas de los emperadores chinos, dispuestos para cuando se los requiera (*on line*, se dice hoy). El volumen, el folleto, las publicaciones periódicas, podrían sacarse a la luz algún día. El lomo resquebrajado podría ser abierto por la página manchada. También la más oscura de las monografías podría resucitar algún día. Lázaro es el santo patrón de los anaqueles de la biblioteca.

A la vez, las nuevas bibliotecas deben atender a los revolucionarios medios de publicación y lectura cuyo progreso es hoy en día casi incontrolable. Casi dos tercios de las entradas de los catálogos de la Biblioteca del Congreso aparecerán pronto en un formato distinto al del libro tal y como lo hemos conocido. Cuando el «lector» —esta denominación pide ya ser revisada—



entra en la Bibliothèque François-Mitterrand, es invitado a dirigirse a una «iconoteca», «fonoteca» o «mediateca» con su profusión de materiales pictóricos, sonoros, periódicos y audiovisuales listados y transmitidos electrónicamente. El centro audio-vi-

nes de títulos, será enteramente automatizado y podrá ser consultado en la pantalla. Para el comienzo de este milenio, se espera que la Bibliothèque François-Mitterrand, como otras similares, esté conectada electrónicamente con otras bibliotecas de depósitos y co-

fantásticamente acelerado de desarrollo técnico, donde es difícil establecer y preparar la coexistencia y la relación entre lo más viejo y lo más nuevo, entre las tablillas de arcilla o los papiros y la cinta electromagnética. Es posible que la British Library y la Biblio-

*En «el último análisis», reveladora frase, la máquina demostrará ser más poderosa (y cada vez más). Esto es lo que yo encuentro al mismo tiempo fascinante y profundamente triste.*

sual ofrecerá una selección, actualizada con frecuencia, de tres mil quinientas películas, diez mil grabaciones y más de cien mil fotografías desde Daguerre hasta hoy. Ciento diez terminales *on line* proporcionan acceso, a través de CD-Rom, a una selección, también actualizada, de dos mil horas de televisión y ochocientas de radio. El principal catálogo de libros, que comprende cerca de diez millo-

lecciones especializadas del resto del planeta. De este modo, se cumplirá el sueño de Leibniz de una *biblioteca universalis*, poniendo la totalidad de la memoria y del saber humano registrados al alcance de un terminal de mesa, esté donde esté situado. En un sentido práctico, las bibliotecas serán sinapsis, centros nerviosos de intercambio electrónico en una red global.

Este es un momento

thèque François-Mitterrand estuvieran ya anticuadas el día de su apertura. Estas bibliotecas son, en gran medida, suntuosos mausoleos a los que se adhiere, a pesar de su modernismo y su aplomo arquitectónico, un halo de sepulcro, de inmovilidad solemne indisociable del concepto de todo museo o archivo. Sobresalen, como inmensos nichos de tesoros embalsamados, en los confines de una con-

ciencia totalmente diferente a la que deben anticiparse para poder responderle mejor.

Son las características de esta conciencia y el lugar que ocupa, si ocupa alguno, en los ideales de la creación santificados por el libro, por la sala de conciertos o por el museo de bellas artes, los que están ahora a punto de emerger. Son las relaciones del tiempo con lo canónico, respecto tanto a su evocación como a su supervivencia futura, las que se encuentran hoy sometidas a presiones sociales y psicológicas sin precedentes. Como dice uno de los analistas filosóficos más comidos: «Hay buenas razones para pensar que el futuro del ciberespacio producirá novedades metafísicas, que la realidad virtual interpretada a través de la comunidad virtual es, hasta cierto punto, un mundo nuevo en cuyo umbral nos encontramos hoy»<sup>1</sup>. Los problemas expuestos son un campo de minas para el profano, pero nos hace falta intentar comprender lo que está en juego.

¿Cómo podemos distinguir las tecnologías que, aunque espectaculares, no son más que extensiones, aceleraciones o amplificaciones de medios precedentes —tal como lo fue la imprenta— y aquellas que significan un “salto cuántico”, que abren horizontes sin precedentes? Tal distinción no sólo es fluida, sino que las razones aducidas son, en parte, ideológicas. Expresan convicciones más o menos declaradas sobre lo que verdaderamente importa, sobre los fines que se pretenden, en la conciencia y en la sociedad, en la teoría y en la praxis. Marx nos resulta aquí útil cuando asegura que en un determinado punto la cantidad se transforma en cualidad. Si, como predicen los expertos, Internet contará en el 2005 con cerca de dos mil millones de usuarios, sirviéndose de bucles retroactivos controlados por ordenador para comunicarse y efectuar

<sup>1</sup> Gordon Graham, *The Internet*, 1999, pág. 163.

► transacciones virtuales entre casi todas las formas de actividad humana, las categorías fundamentales de comunidad, de participación política, de intercambio y codificación del saber y del deseo serán alteradas. La analogía no será la de un cambio adaptativo sostenido y gradual, sino la de la mutación.

Un segundo obstáculo para la previsión responsable tiene que ver con los modelos subyacentes con la técnica misma de los nuevos media electrónicos. De un modo cualitativamente distinto al de las calculadoras mecánicas de Pascal y de Babage, y también al de las primeras generaciones de ordenadores y analógicos y digitales, incluso los más rápidos y capaces, las «máquinas inteligentes» (*mind-machines*) que se están programando ahora (con programas que diseñan y generan otros programas) y pragmáticamente previsibles en la actualidad son algo completamente distinto a una herramienta pasiva. Son mucho más que titánicas reglas de cálculo o «trituradoras de números».

Pretenden simular, imitar los mismos procesos cerebrales que las han hecho nacer. Son, aunque en modelos reducidos, facsímiles, por así decir, de lo que creemos conocer del córtex humano y de la electroquímica de sus reticulaciones neurológicas. Seguro que en esta idea existe una trampa epistemológica. Lo que nosotros tomamos por las capacidades miméticas de estas máquinas podría ser el reflejo de las insuficiencias, de la ingenuidad de nuestras propias concepciones del cerebro y de la conciencia. Sin embargo, es de esta similitud intuitivamente percibida de donde surgen las alegorías, las mitologías fascinantes y terroríficas que rodean a los hiperordenadores que están siendo desarrollados hoy. Casi inevitablemente, atribuimos a esos monstruos chirriantes el reflejo, el duplicado del pensamiento humano. Cuando este paralelismo manifiesta unas capacidades analíticas y performativas que



exceden las nuestras, el impacto psicológico y social puede ser desconcertante.

Un cierto número de jugadores que se ha enfrentado a los ordenadores, que

Tras la quinta partida del campeonato, después de una serie maravillosa de ju-

*“Dos guerras mundiales han demostrado que las culturas son mortales, como dijo Valéry, y este descubrimiento ha suscitado una profunda angustia. Es tiempo de inventarios.”*

La victoria del ordenador Deep Blue de IBM sobre Kaspárov suscita una cuestión que va más allá de la sorpresa del momento. En una de las actividades humanas más complejas formalmente, más fascinantes e inagotables, ningún humano podrá ser ya considerado el mejor. En «el último análisis», reveladora frase, la máquina demostrará ser más poderosa (y cada vez más). Esto es lo que yo encuentro al mismo tiempo fascinante y profundamente triste.

Pero la duda más provocadora se encuentra precisamente en las fronteras de los psicológico y lo filosó-

ha participado en su programación, se pregunta en qué punto la velocidad y ramificación de las operaciones de cálculo rozan el ser «otra cosa». El escéptico respondería que nuestra diferenciación convencional entre cálculo y pensamiento debe ser revisada. En un contexto sometido a reglas como es el caso del ajedrez, calcular *es* pensar. Pero ¿es totalmente convincente esta reducción? ¿Son las conceptualizaciones espaciales y las previsiones generadas por el ordenador que parecen estar más cerca del «pensamiento» que del cálculo un proceso automático aunque arduo?

gadas, Kaspárov concluyó que Deep Blue «pensaba». Pero ¿no es su observación una muestra de exasperación antropomórfica?

Estas mismas cuestiones y su fundamento empírico no dejarán de parecer rudimentarios en un momento en que los nuevos mundos del ciberespacio, de la red planetaria, de la realidad virtual evolucionan a un ritmo y a una escala (el punto crucial marxista) apenas inteligibles. En este punto entran en juego las temporizaciones relativas. En tanto en cuanto puede ser medida, la evolución del cerebro y del sistema nervioso es un proce-

so biogenético excesivamente lento. Hasta nuestros días, la génesis de la conciencia y del lenguaje, sin mencionar su evolución, que sigue la lógica de la selección natural, escapa a nuestra comprensión. En contraste, los avances en el desarrollo de nuevas familias de ordenadores y programas informáticos se producen con una extrema rapidez. Hemos visto cómo el ordenador se reproduce; la siguiente generación de microchips y circuitos actúa de forma más rápida, segura y completa que la anterior. No hay vuelta atrás. Se ha hecho claramente posible, como Turing había previsto, que ordenadores, concebidos y programados por otros ordenadores, sobrepasen exponencialmente ciertas capacidades humanas y, desde luego, ciertas intuiciones cognitivas (¿el problema clásico de los cuatro colores ha sido definitivamente resuelto por el ordenador o por las preguntas de sus programadores?). Con un poco de optimismo, por otra parte, se puede imaginar que la interacción que crece sin cesar entre la mente y la máquina por la interfaz, entre el ojo y la imagen holográfica generada por ordenador, enriquecerá y fortalecerá nuestros recursos mentales. La dialéctica de la retroalimentación puede ser profundamente educativa. Los niños emprenden ahora grandes viajes.

Los conceptos, sin embargo, el léxico de lo que hemos considerado como los actos de creación e invención fundamentalmente humanos, están ahora en un constante flujo; mientras que, en el caso del libro, de su composición y recepción, los problemas están cristalizados. ■